

## El PRI ante la pérdida del poder y la búsqueda de un nuevo liderazgo interno

El interregno de julio de 2000 a febrero de 2001

Guadalupe Pacheco Méndez\*

La derrota del candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en las elecciones de julio de 2000 impuso a ese partido la búsqueda de una nueva estructura interna de poder. En los días subsiguientes, la corriente identificada con el derrotado Francisco Labastida y con Ernesto Zedillo intentó tomar el control de la dirección nacional del PRI, topándose con la encarnizada oposición de todos aquellos que no se identificaban con las orientaciones económicas y políticas presidenciales; así, entre la derrota de Labastida y el término de la administración de Zedillo, se abrió un interregno de relativa calma interna, cuyo objetivo central fue evitar la injerencia del todavía presidente de la República en la vida interna del PRI. Al inicio de 2001, las élites priístas pactaron los primeros acuerdos conducentes al ulterior proceso de establecimiento de mecanismos de designación de la nueva dirección nacional del PRI; este compromiso se selló durante la sesión extraordinaria del Consejo Político Nacional en febrero de 2001.

### Introducción

Las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2000 en México, después de siete décadas de permanencia del PRI, culminaron con la derrota del candidato de ese partido y el triunfo de uno proveniente de otro partido; este hecho fue el principal hito político de la vida política nacional después de la revolución de 1910-

\* Profesora-investigadora, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

1917. Desde su fundación en 1946, el PRI fue un partido que creció protegido, apoyado y controlado por el titular del poder ejecutivo. El presidente de la República en turno siempre ocupó la cúspide del poder interno en el PRI. Si la estructura de poder dentro del PRI tenía su viga maestra en torno al presidente de la República, los resultados de las elecciones de julio de 2000 fueron un golpe que desarticuló el funcionamiento interno del PRI durante varios meses (casi año y medio). En ese lapso, las élites que encabezaban los diferentes grupos aglutinados dentro del partido, una vez pasados los primeros momentos de desconcierto, lucharon denodadamente por ocupar el vacío de poder dejado por la desaparición de la figura de autoridad que era la existencia de un presidente priista de la República. Lo que estaba en juego era la supervivencia de la organización como tal para poder seguir luchando electoralmente por ocupar puestos públicos.

Así pues, la derrota del 2 de julio le impuso al PRI la tarea de llenar ese vacío con una nueva estructura interna que estableciese una jerarquía de autoridad y un nuevo sistema claro de reparto de incentivos que incluyese y satisficiera al máximo número posible de sus componentes, ahora desperdigados ante la ausencia del líder efectivo (el "líder nato" como se le denominaba en la jerga priista). Es decir, para sobrevivir políticamente, los miembros de ese partido se enfrentaron a la tarea de construir un método de elección de la dirección nacional, de establecer reglas de funcionamiento y de toma de decisiones, y, por primera vez en su historia, de elegir su nueva dirección nacional. Estos objetivos se alcanzaron, no sin conflictos serios, en un lapso de poco más de año y medio, el que va de julio de 2000 hasta febrero de 2002.

La fase más crítica, cuando el PRI estuvo más cerca de la fractura, naturalmente fueron los primeros meses que siguieron a julio de 2000, pero también fueron los más decisivos para orientar su nueva situación organizativa. Por esta razón, hemos circunscrito el presente trabajo, al periodo que va de julio de 2000 a febrero de 2001, pues además de haber sido la etapa más crítica para su supervivencia organizativa, fue al mismo tiempo crucial para su futuro por el tipo de decisiones y de equilibrios internos que se fueron estableciendo. De ahí la relevancia que tienen la reconstrucción y el análisis de los hechos ocurridos en este periodo en el que del conflicto se pasó a los primeros acuerdos internos básicos, que más tarde modelarían el tipo de soluciones organizativas que se instrumentarían ulteriormente.

En la primera parte del artículo se revisan las principales características organizativas del PRI y los cambios, tanto internos como externos, que afectaron su equilibrio interno de poder. En la segunda, se da seguimiento a los acontecimientos ocurridos durante los primeros días que siguieron a su derrota del 2 de julio de 2000, que fueron quizá los momentos de mayor tensión interna. En la tercera, se estudian las primeras decisiones tomadas y acciones emprendidas por las diversas élites priistas, en un periodo (de julio a noviembre de 2000) en el que, aunque la influencia de Zedillo era men-

guante, éste no dejó de tratar de intervenir en dichas decisiones y durante la primeras semanas del gobierno del presidente panista Fox (de diciembre de 2000 a febrero de 2001). En la última sección, se revisan los términos de los primeros acuerdos fundamentales que habrían de incidir en el curso que tomaría el nuevo periodo organizativo del PRI (13-18 de febrero de 2001), ya sin un presidente priísta de la República que fungiese como *líder nato* del partido. En el presente estudio, hemos tratado de guiar la construcción significativa de ese periodo de acuerdo con los planteamientos de Angelo Panebianco (1993).

### El legado organizativo del PRI y el cambio de su entorno

El PRI monopolizó la arena político-electoral desde su fundación en 1946, recibiendo un fuerte legado de alianzas políticas y sociales (Collier, 1991) de sus antecesores organizativos el Partido Nacional Revolucionario (PNR) y el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). El contexto político más amplio sobre el que prosperó este partido presentó dos características muy importantes, por una parte, la naturaleza autoritaria y centralizadora del régimen político y, por la otra, un sistema partidario no competitivo de partido hegemónico (Medina, 1978 y 1979; Sartori, 1980:277-289).<sup>1</sup> Durante las primeras fases de su existencia, apuntaló una eficaz estructura interna de poder que le aseguró al partido el monopolio de la administración y distribución de los cargos públicos por elección popular, pero sin perder de vista que desde el inicio fue una organización política que se vio cada vez más sometida a la autoridad del titular en turno del poder ejecutivo (Furtak, 1978; P. González, 1981; Medina, 1994). El común denominador de las tres etapas y su correspondiente forma organizativa, fue su subordinación indirecta<sup>2</sup> o directa al gobierno y, más concretamente al titular del poder ejecutivo federal; las formas y los matices de esa subordinación variaron, pero ésta fue el elemento de continuidad organizativa a lo largo de esos tres periodos. El PRI creció protegido y apoyado por el presidente de la República, quien siempre ocupó la cúspide del poder interno partidario; al menos así fue durante poco más de la mitad del siglo veinte, desde 1946 hasta 2000.

Desde el punto de vista del planteamiento de Panebianco, las características del PRI en su fase de madurez, podrían formularse de la siguiente manera: es un partido con un bajo grado de institucionalización interna y que presenta similitudes con los

<sup>1</sup> En un trabajo que ya puede ser considerado como un clásico, este autor desarrolló esta definición, ya tan ampliamente conocida, casi sólo para dar cuenta del caso del PRI.

<sup>2</sup> Por subordinación indirecta queremos aludir a la peculiar situación del PNR, dominado por el ex-presidente Calles, el jefe máximo, quien a través de los hilos de control que seguía teniendo sobre la presidencia de la República, dominaba también la vida interna del PNR.

partidos carismáticos, donde un líder concentra en torno a sí amplias facultades decisorias y la cascada de lealtades internas converge hacia él. Esta baja institucionalización fue el resultado de tres características de su modelo originario o fase de génesis. La primera fue la de ser una organización partidaria que nació por un proceso de difusión territorial, esto es como adaptación a preexistentes grupos políticos (la integración de partidos regionales al PNR) y sociales (la cooptación y corporativización de organizaciones sociales bajo el PRM); la segunda, es que la fuente de legitimidad de la dirigencia del partido tenía una fuente externa (Calles como "jefe máximo" o el presidente de la República como "líder nato"); y la tercera es precisamente la presencia de una figura carismática (no únicamente por sus atributos personales, pues el carisma también puede referirse a una situación o posición), lo cual debilitó las lealtades organizativas hacia el partido en sí mismo. Estos antecedentes de su historia o génesis modelaron las características de su estructura organizativa en su fase de madurez. La estructura específica de un partido queda definida por la configuración de su coalición dominante y por el mapa interno del poder organizativo.

La configuración de la coalición dominante priísta tendió a presentar un grado de cohesión interna más bien alto, pero no se forjaba tanto en torno a los fines mismos del partido, sino en torno a la lealtad al presidente de la República, se trataba más bien de un acto de disciplina propio de un sistema autoritario. Respecto del grado de estabilidad, dependiendo del titular del ejecutivo en turno, la continuidad de los acuerdos políticos tejidos en su interior variaba, pues estaban subordinados a lo estable o a lo cambiante de las alianzas que establecía el presidente de la República con fuerzas políticas tanto internas como externas al partido. En cuanto a la dimensión interna del mapa de poder organizativo priísta, además del papel axial del presidente de la República, destaca la posición del presidente del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del PRI, cuya función era la de asegurar la disciplina hacia las decisiones presidenciales por parte de las diversas élites políticas vinculadas y articuladas directamente al partido, así como coordinar su ejecución. En los estados, los gobernadores desempeñaban un papel similar al del presidente de la República respecto de la organización local del PRI y los presidentes de los comités directivos estatales (CDE) tenían una función análoga a la del presidente del CEN. Sin embargo, hay que señalar que hasta antes de 2000, en el esquema tradicional priísta, los gobernadores estaban jerárquica y políticamente subordinados al presidente de la República, es decir, aunque había un margen de re juego y negociación política, propiamente no había autonomía local, sino más bien un elevado margen de centralización en la toma de decisiones en el gobierno y en el partido.

Dejando ya de lado el papel articulador que desempeñaba el presidente de la República a escala nacional y los gobernadores de los estados, pero todavía en el plano del tablero nacional, otros dos tipos de actores relevantes conformaban también

el comité directivo priísta. El primero lo constituían los dirigentes de los sectores, integrado por los principales líderes de las más importantes organizaciones obreras, agrarias y populares vinculadas al PRI. El segundo incluía a actores provenientes de la denominada estructura territorial, la cual a su vez aglutinaba dos tipos diferentes de actores, los vinculados a la burocracia gubernamental federal, en particular al presidente de la República, y los vinculados a élites regionales, en especial a los gobiernos de los estados; los primeros, se movían más en el ámbito federal y a nivel del CEN del PRI, mientras que los segundos en el ámbito local y a nivel de los comités directivos estatales y municipales. Los legisladores federales y locales accedían a esos cargos en función de sus posiciones en torno a estos núcleos de poder.

Aparte del CEN y de las cúpulas de las organizaciones sectoriales, el Consejo Político<sup>3</sup> era un órgano permanente relevante dentro de la estructura formal del PRI y, hasta 1990, en su integración destacaba especialmente el peso de los sectores. Si bien hasta antes de 2000, este órgano no constituía en los hechos un centro de poder, como formalmente lo señalaban los estatutos, sí era un espacio organizativo cuya estructuración trataba cuidadosamente de reflejar el peso político de los actores centrales del partido y la relación de fuerzas existente entre sus élites nacionales y regionales. Los representantes legislativos, por lo general, quedaban articulados en torno a alguno de estos centros de poder, ya fuese el presidente del país, los dirigentes de los sectores o los gobernadores, y por sí mismos no constituían un centro de poder autónomo.<sup>4</sup>

De acuerdo con los planteamientos de Panebianco, la historia y el perfil organizativos de un partido contribuyen a explicar el hecho de que sean determinados factores los que influyan más que otros en la dinámica de cambio de una organización partidaria. En términos generales, esos factores intervinientes son los cambios en el entorno externo del partido, la gravedad del desafío que éstos le impongan a sus dirigentes, el grado de madurez de las precondiciones internas favorables al cambio y el grado de institucionalización alcanzado por el partido. En general, durante las primeras cuatro décadas de su existencia, la estructura interna de poder del PRI no se vio sometida a grandes cambios o presiones (internas o externas), pero desde fines de los setenta ocurrieron una serie de cambios en el contexto político global que habrían de afectar la vida interna del PRI. En el caso específico de este partido, dada su peculiar ubicación dentro de un sistema político autoritario y su privilegiada posición dentro del sistema de partido hegemónico, los factores externos ejercieron una presión hacia el cambio mucho mayor que las precondiciones internas.

<sup>3</sup> El cual, luego de ser reestructurado de acuerdo con el principio de representación paritaria entre la estructura sectorial y la estructura territorial, pasó a denominarse Consejo Político Nacional (CPN) a partir de la XIV Asamblea Nacional realizada en septiembre de 1990.

<sup>4</sup> Esta situación de los legisladores priístas era producto del perfil institucional del régimen político autoritario, en el que el poder legislativo estaba subordinado al titular del poder ejecutivo.

La reestructuración neoliberal del aparato de Estado favoreció, a su vez, el ascenso de una capa de tecnócratas neoliberales a los puestos de mando gubernamental y el desplazamiento de los funcionarios públicos de viejo corte. Para el PRI, esto significó la desaparición de las políticas públicas sobre las cuales había fundado su red de relaciones clientelares; también implicó que su "líder nato", el presidente de la República, fuese una figura desvinculada de las tradicionales élites corporativas priistas. El segundo cambio externo relevante, lo fue el inicio de la liberalización política (la llamada *reforma política*) iniciada en 1977-1978, pues ésta, aunque a un paso muy lento, creó las condiciones que ulteriormente estimularían la votación en favor de fuerzas partidarias diferentes del PRI y el surgimiento de instituciones electorales que paulatinamente se desvincularían por completo del control gubernamental. Al interior del PRI estas dos circunstancias se manifestaron a partir del impacto provocado por los resultados adversos al PRI en la elección presidencial de 1988 y en los intentos parcialmente fallidos de Salinas, apoyado por una parte de los actores priistas, para reestructurar al PRI. Estos dos factores generaron tensiones internas muy importantes, sobre todo entre el presidente de la República y el partido, y uno de los puntos más álgidos de este conflicto ocurrió durante la XVII Asamblea Nacional en 1996, ya bajo el gobierno de Zedillo, cuando se puso el famoso *candado* al presidente, es decir, al introducir como condición que el candidato presidencial debería de haber ocupado previamente un cargo de elección popular, acotó el margen de maniobra de Zedillo para seleccionar a un miembro de su gabinete como candidato y, por ende, como su posible sucesor en el cargo. Aun así, Zedillo impuso, al final de cuentas, a su candidato Francisco Labastida, quien ciertamente no habría sido su primera opción de no haber existido el *candado* del PRI.

Dada la peculiar historia del PRI y de su modelo originario, y a pesar de las tensiones internas que ya se habían venido acumulando, la fase realmente importante de cambio interno fue desencadenada por su derrota electoral en la elección presidencial de julio de 2000. Así, fue un factor externo el que condujo a la sustitución del grupo dirigente, es decir, ya no había *líder nato* (un presidente priista del país), pero aún no había reglas nuevas para elegir a los líderes nacionales del partido. Este hecho, desarticuló temporalmente a su coalición dominante y a su mapa de poder organizativo, durante el periodo que va de julio de 2000 a febrero de 2001, y al que he denominado el *interregno*. Durante estos meses, los viejos actores políticos del PRI se enfrentaron duramente para conquistar el control político del partido, fue un periodo crítico para su supervivencia organizativa, al término del cual, sus élites llegaron a acuerdos decisivos que les permitieron pasar a las siguientes fases de cambio organizativo, consistentes en el establecimiento de nuevas reglas internas y con base en éstas la integración de una nueva dirigencia o coalición dominante, lo cual alteraría el esquema de distribución de los recursos de poder entre los distintos grupos, modificaría la capaci-

dad de control de los dirigentes y redefiniría el sistema de intercambios en que se basaba el poder dentro del partido.

### Los primeros días de la derrota

Dada la tradicional estructura de funcionamiento del MPO priísta, después de la derrota del 2 de julio, ante la carencia de un presidente de la República proveniente de ese partido para ejercer el liderazgo real, probablemente la cuestión de mayor envergadura consistía en llegar a acuerdos de reparto de poder y en reacomodar los intereses de los diferentes actores integrantes de la CD del partido: los gobernadores priístas y sus cohortes partidarias estatales, los grupos de priístas en los estados bajo gobernador panista o perredista, las dirigencias de las organizaciones sectoriales, los principales líderes de la estructura territorial, los legisladores y los notables del partido, tan solo para mencionar a los más relevantes a escala nacional.

Además de estas preocupaciones, otro orden de problemas de carácter más terrenal y en extremo acuciantes tenían que ser afrontados en el entretanto. Uno de ellos era bajo qué criterios decidir cómo se administrarían los recursos financieros del partido, sobre todo cómo enfrentar y solventar las deudas monetarias y los compromisos políticos contraídas durante la campaña de Labastida.<sup>3</sup> Otro problema urgente era el relacionado con la dirección y coordinación que debían asumir la fracción priísta recién electa en las cámaras, ya en un contexto en el que eran un partido opositor; y esto no era un pequeño asunto, pues el PRI había conquistado 60 de 128 escaños senatoriales y 211 de 500 curules en la cámara de diputados.

Durante los ocho meses que transcurrieron entre la derrota en la elección presidencial de julio de 2000 y la realización de la XI Sesión ordinaria del Consejo Político Nacional en febrero de 2001, cuando se empezaron a acordar las primeras nuevas reglas internas del juego para elegir una dirección nacional, se fueron conformando, al calor del conflicto, los diferentes bandos en torno a cómo resolver estos problemas organizativos y defender sus respectivos intereses materiales. El problema del reparto del poder estaba planteado. Los dos bandos principales que surgieron se inscribieron en parte en la lógica heredada del pasado, los que habían sido labastidistas y fieles ejecutores de la oscilante política de Zedillo hacia el PRI, por lo que se les conocía por el nombre de corriente *oficialista*, y aquellos que desde tiempo atrás, por diferentes motivos, se habían distanciado de la figura presidencial, ya fuese De la Madrid, Salinas o Zedillo, a los que se aludía como la corriente *disidente*. Pero no sólo la lógica del

<sup>3</sup> Los cuales se estimaron públicamente en 130 millones de pesos, pero esa cifra parece quedarse muy por debajo del nivel real.

pasado prevaleció, ante el vacío de poder, hubo importantes reacomodos de alianzas que se tejieron y se destejieron al filo de los acontecimientos y de las confrontaciones.

Desde la tarde del mismo 2 de julio, en la sede nacional del PRI en Insurgentes Norte, se inició una reunión del Comité Ejecutivo Nacional para determinar la orden del día de la próxima sesión del Consejo Político Nacional, cuyo punto focal era: el nombramiento del nuevo presidente nacional del partido. Dulce María Sauri, que hasta ese momento había ocupado dicho cargo, había manifestado su intención de renunciar, pero al parecer se le convenció de no hacerlo en ese momento,<sup>6</sup> pues abrir la caja de pandora de la designación de un nuevo presidente de partido no era una decisión aconsejable en aquel momento tan delicado en que aún había que hacer varios acuerdos y compromisos (*amarres*) ante la nueva situación y evitar costosas rupturas.

Una jornada crucial en esta nueva etapa del PRI fue la del 3 de julio. Ese día, el mismo Zedillo de la "sana distancia"<sup>7</sup> convocó a la dirección nacional priísta a una reunión que se celebró en Los Pinos a las once horas; estuvieron los principales integrantes del Comité Ejecutivo Nacional (la presidenta Sauri, el secretario general Moctezuma y el secretario técnico del CPN, Gamboa Patrón), los líderes de los sectores (Gordillo por el sector popular, Rodríguez Alcaine por el obrero y Heladio Ramírez por el campesino) y los del congreso (Moreno Uriegas por el senado y Jackson por la cámara de diputados). También invitó a Murillo Karam, ex-gobernador de Hidalgo.<sup>8</sup> El objetivo de Zedillo en dicha reunión fue dar a conocer su decisión de proponer precisamente a Murillo como nuevo dirigente nacional priísta.<sup>9</sup> Los dirigentes priístas ahí presentes aceptaron la "sugerencia" del supuestamente aún *líder nato* del partido y todavía presidente de la República. Inmediatamente después, a las trece horas de ese mismo día, Zedillo tuvo una reunión con diecinueve de los hasta entonces veinte gobernadores priístas (sólo faltó Cervera Pacheco de Yucatán). El tenor de la reunión fue de un franco enfrentamiento de los gobernadores contra Zedillo, en particular

<sup>6</sup> *El Universal y Reforma*, 3 de julio de 2000.

<sup>7</sup> En septiembre de 1994, ya como candidato electo pero aún sin tomar posesión de su cargo presidencial, Zedillo acudió a la sede nacional del PRI donde pronunció un discurso en el que decía que era necesario establecer una sana distancia entre gobierno y partido, esto es, dando a entender a los políticos priístas que ya no contarían, al menos no en la magnitud que solía serlo, con el apoyo gubernamental.

<sup>8</sup> Murillo había sido subsecretario de gobernación cuando Labastida había sido el titular de esa dependencia y luego, al ser este último postulado candidato, se quedó en gobernación para seguirlo apoyando e incluso se decía que ocuparía el cargo de secretario de gobernación si Labastida triunfabá; cuando se dio la crisis dentro de la campaña por la ineficacia de Moctezuma, fue nombrado secretario general adjunto del PRI para operar la campaña dentro del partido.

<sup>9</sup> *El Universal y Reforma*, 4 de julio de 2000. Por otra parte, Miguel Ángel Rivera, en su columna "Clase política", dice que Murillo estaba descontento porque se manejara su nombre como candidato a dirigir el PRI porque nadie le avisó de la propuesta; el periodista agrega que su candidatura fue considerada como un "dedazo" o, al menos, como una maniobra de distracción para que prosperara la candidatura de Labastida. *La Jornada*, 5 de julio de 2000. Esta segunda alternativa parece ser la más plausible a nuestro modo de ver.

Madrazo de Tabasco, Martínez de Chihuahua, Albores de Chiapas, Murat de Oaxaca y Millán de Sinaloa, el punto central de discusión fue quiénes conformarían la nueva dirección nacional del PRI. Los gobernadores vetaron la propuesta de Murillo como nuevo presidente del PRI, pues aunque sí abogaban por un cambio en el CEN, se oponían a que desde Los Pinos se impusiera al nuevo presidente de partido y se propuso a Madrazo como sucesor.<sup>10</sup>

El mismo día 3, se convocó verbalmente y al vapor a los miembros del CPN a una sesión que tendría lugar al día siguiente, 4 de julio, a las once horas. El punto único de la orden del día era dar a conocer las renuncias de la presidenta del partido, Dulce María Sauri, del secretario general, Esteban Moctezuma, y de los demás integrantes del CEN,<sup>11</sup> así como elegir una dirección interina hasta diciembre, cuando una asamblea nacional eligiese a la nueva dirección nacional del PRI. Los convocados fueron notificados de la propuesta de Murillo como nuevo presidente de partido y de Beatriz Paredes como secretaria general; muchos consejeros no aprobaron la propuesta calificándola de "imposición" y se empezaron a mencionar otros nombres como el de Madrazo, Labastida y César Camacho (futuro senador por el Estado de México, aliado con Labastida y Zedillo),<sup>12</sup> Más aún, en la sesión del CEN ampliado realizada a las 18 horas con el fin de consensar la propuesta en torno a Murillo, ésta fue impugnada por varios de los presentes. Ante esta situación, esa noche (a las ocho) hubo un acuerdo entre Zedillo y Labastida para postular a este segundo como nuevo presidente del partido; pero rápidamente (hacia las diez), Madrazo y el mismo Murillo manifestaron su desacuerdo con la candidatura de Labastida.<sup>13</sup> El presidente Zedillo ya no tenía el control total de las riendas del PRI.

El 4 de julio, a las 9 horas se reinició la sesión del CEN ampliado en el salón *Presidentes*, en la que Sauri, Gamboa y Moctezuma reiteraron la propuesta de Labastida como nuevo dirigente. En respuesta, Bartlett hizo una serie de fuertes intervenciones contra Zedillo y denunció que la renuncia de Sauri y la precipitada convocatoria a sesión del CPN era una maniobra de Los Pinos cuyo objetivo era imponer a Labastida como presidente del partido, situación a la que se opuso terminantemente, dando así voz a un sentimiento generalizado entre muchos priístas.<sup>14</sup> La rebelión en la sede

<sup>10</sup> Reforma, 4 de julio de 2000.

<sup>11</sup> Entre ellos destacan los nombres de Carlos Almada, secretario de elecciones, Jorge Cárdenas, secretario de finanzas, José Guadarrama de acción y operación política.

<sup>12</sup> *El Universal y Reforma*, 4 de julio de 2000.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> Vale la pena recoger algunos de los argumentos externados ese día por Bartlett, pues sintetizan bien el estado de ánimo de amplios sectores del PRI: de ahí los aplausos y ovaciones de que fuera objeto por parte de la mayoría de quienes lo escuchaban: "el presidente Zedillo ha perdido su capacidad de conducción, ha dejado de ser el líder moral del PRI... ¡No debe mandar ni un minuto más!"; "nos quieren meter en una sesión del Consejo Político Nacional cuando ya cocinaron la sucesión"; "Dulce no es la responsable de la derrota. Entre otras cosas, la derrota se la debemos al Fobaproa y en esta

priista de Insurgentes Norte contra la designación de la mancuerna Murillo-Paredes se hizo más abierta con la llegada, hacia el mediodía, del gobernador de Oaxaca José Murat, quien en conferencia de prensa rechazó la imposición<sup>15</sup> e irrumpió en la oficina de Sauri para exigirle que suspendiera la reunión programada del CPN y le planteó que debía designarse una dirigencia interina, cuya principal tarea sería la realización de la XVIII Asamblea Nacional. A las 14 horas, el gobernador tabasqueño Madrazo hizo pública una carta que envió a Gamboa, secretario técnico del CPN, en la que se oponía al cambio de dirigencia al vapor y proponía la creación de una comisión nacional para la transición en el partido.<sup>16</sup>

La contundencia de las posiciones de Bartlett y de Murat, así como el tono de la carta de Madrazo, ciertamente tuvieron un efecto político en ese ambiente tan caldeado e incierto. De hecho, lograron contener la maniobra política sorpresiva (el *albazo*, en la jerga política priista) de Labastida y Zedillo para copar la dirección nacional del PRI. Este hecho es singularmente indicativo de los efectos políticos y organizativos que internamente empezaba a tener al interior de la CD priista la derrota del 2 de julio; lo que a todas luces era una directiva emitida desde Los Pinos, no sólo fue rechazada abiertamente por una parte de las élites priistas, cosa que hubiera sido absolutamente impensable unas semanas antes, y más sorprendente aún fue que efectivamente lograran impedir la llegada de los labastidistas a la presidencia nacional del CEN del PRI. La derrota electoral, al hacer posibles estos cambios internos, contribuyó fuertemente a esta radical transformación del funcionamiento de la CD priista; por primera vez en la historia del partido, conocido por décadas como *oficial*, se desafiaba con éxito la autoridad del presidente de la República. Bartlett sintetizó mejor que

---

coyuntura ¡el Presidente no debe mandar ni un minuto más. Asumamos nuestra responsabilidad!"; "Hablemos con sinceridad, contar aquí mentiras sería una regresión imperdonable. Todo este sexenio el presidente ha mandado en el PRI; él influyó y determinó nuestros procesos. Él perdió su capacidad de conducción. Ha dejado de ser el líder moral". Ante un último intento de Gamboa de abogar por la renuncia, Bartlett advirtió "...no debemos permitir que el CEN renuncie... Cualquier cosa que se haga sin que se consulte al grueso de los militantes la consideramos un albazo ¡Basta ya de liderazgos ficticios!". Notas informativa de Elena Gallegos y de Enrique Gil y de José Gil Olmos publicadas en *La Jornada* del 5 de julio de 2000.

<sup>15</sup> Luego de su conferencia de prensa Murat sostuvo una álgida reunión con Carbajal, al término de la cual ambos concuerdan en la misma propuesta, que el CEN no renunciara. *La Jornada*, 5 de julio de 2000.

<sup>16</sup> En su primera plana, *El Universal* reprodujo, el 5 de julio de 2000, algunas partes de la carta que Madrazo dirigió a Gamboa Patrón, un labastidista a cargo de la secretaría técnica del CPN. A continuación reproducimos dichos extractos: "Sería muy grave resolver las tareas delicadas de hoy con las agotadas recetas e instrumentos de ayer y más grave aún imponerle a las nuevas formas los viejos contenidos."; "Para ello propongo la creación de una Comisión Nacional para la Transición, representativa de las regiones, incluyente y moderna, que sienta las bases de la Reforma Democrática Integral de nuestra organización."; "Lo que está en juego es la posibilidad de sobrevivencia de nuestro Partido. El fondo va más allá de una disputa entre grupos. Se trata de ponernos a la altura de quienes nos reafirmaron su apoyo y ser capaces de recuperar la confianza perdida de muchos que quieren que seamos y actuemos distintos."; "Tengo la impresión de que los grupos más conservadores de nuestro Partido no han comprendido ni las razones ni la magnitud del fracaso del 2 de julio."

nadie esta situación cuando exclamó: "el presidente Zedillo ha perdido su capacidad de conducción, ha dejado de ser el líder moral del PRI... ¡No debe mandar ni un minuto más!"<sup>17</sup>

Durante ese día, Sauri tuvo reuniones con los ex-presidentes del partido, miembros de las bancadas priistas en las cámaras de diputados y senadores, gobernadores, dirigentes de los comités directivos estatales, así como de los sectores. Al parecer, el sentir predominante era el de oponerse a la renuncia de Sauri y a que Zedillo designara al nuevo dirigente del partido (fuese Labastida o Murillo). Ese mismo día, catorce gobernadores priistas, que se encontraban ya en la sede nacional del PRI con motivo de la convocatoria a la crítica reunión del CPN, se opusieron a que Labastida ocupara el cargo (sólo Montiel del Estado de México seguía apoyando la propuesta de Los Pinos). En la tarde, los gobernadores se reunieron con Sauri y Labastida (sólo Madrazo y Cervera<sup>18</sup> estaban ausentes) y, ante la presión aquellos, los defensores de la propuesta de Zedillo tuvieron que aceptar la creación de la comisión propuesta por Madrazo y Murat. Al igual que los gobernadores, muchos líderes estatales e integrantes del CPN se opusieron a la imposición de Murillo. El grupo de los ex-presidentes del partido, que constituían una importante fuerza de presión dentro del PRI, por la voz de Gustavo Carbajal, propusieron la permanencia de Sauri en su cargo y advirtieron que "nombrar un presidente interino sería un nuevo dedazo y esto ya no puede ocurrir".<sup>19</sup> Finalmente, la reunión del CPN fue cancelada, Sauri declaró que su renuncia no había sido aceptada y que permanecería en el cargo.

En esa misma ocasión, Sauri también anunció que se crearía una comisión, tan incluyente como fuese posible, cuya función sería orientar las actividades futuras del PRI, y que estaría integrada por las dirigencias de los tres sectores, los gobernadores priistas en funciones, los presidentes de los comités directivos estatales de los estados en donde gobernaba un partido diferente al PRI, los líderes de las dos fracciones parlamentarias.<sup>20</sup> De hecho, dadas las circunstancias, esta comisión era un intento por constituir una especie de dirección informal negociada, interina y de carácter colegiado del partido; era una amalgama de las fuerzas reales más representativas, ante la

<sup>17</sup> Véase la nota al pie número 32.

<sup>18</sup> La posición de Cervera muy probablemente era en favor de Madrazo; quizá no asistió al encuentro porque estaba en curso el proceso electoral en Yucatán y desde Mérida criticó a los "arribistas que traicionaron al PRI" aludiendo a la tecnocracia zedillista. Carbajal Moreno, otro ex-presidente del partido todavía con fuerte presencia interna, también manifestó su discrepancia con la precipitada reunión del CPN y declaró que si Sauri renunciaba podía haber un "albazco". *El Universal*, 5 de julio de 2000.

<sup>19</sup> Desde la noche del lunes, se reunieron los ex-presidentes nacionales del PRI y llegaron a la conclusión de que para mantener la unidad del partido no había que darle el control de éste a Labastida y que para ello era necesario no aceptar la renuncia de Sauri y el resto del CEN. Igualmente, integrantes de este grupo se reunieron con Labastida para proponerle que aceptara que Sauri continuara en la dirección partidaria. *La Jornada*, 5 de julio de 2000.

<sup>20</sup> *El Universal*, *La Jornada* y *Reforma*, 5 de julio de 2000.

ausencia de la figura del presidente de la República como *líder máximo* priísta; la necesidad de crear esta instancia fue también el resultado de la división interna y de la incapacidad del CEN encabezado por Sauri para enfrentarla, ambas cosas producto de la baja institucionalización interna del PRI.

Al decir de muchas voces en el PRI, la premura con la que se quería convocar a la sesión ordinaria del CPN fue una maniobra del bando labastidista para apoderarse de la presidencia del partido<sup>21</sup> y, entre otras cosas, obtener el control de los recursos que el PRI recibía del IFE para poder solventar las deudas contraídas durante la campaña. La división y la falta de acuerdo pospusieron la renuncia del CEN, el cual sólo se volvió una fachada formal del vacío de poder prolongado por la guerra de facciones y encubrir el hecho de que la relativa toma de decisiones simplemente era el resultado de una puja en la cambiante relación interna de fuerzas.

A pesar de la permanencia de Sauri en su cargo, el mismo 4 de julio tuvieron lugar cambios en dos posiciones claves del partido debido a lo insostenible de la posición de sus ocupantes. Esteban Moctezuma, tan vinculado a Zedillo y a Labastida, fue sustituido en la secretaría general por García Ramírez, quien se quedó encargado del despacho y César Camacho, senador de primera minoría por el Estado de México, se encargó del despacho de la secretaría técnica del consejo político en lugar de Gamboa Patrón. Así, prácticamente sólo quedó la fachada formal de la presidenta Sauri, quien junto con Moctezuma había llegado a la dirección del partido el 30 de noviembre de 1999.<sup>22</sup> Esas renunciaciones tienen que ver no sólo con el fracaso y la ineptitud de Moctezuma como operador en el PRI de la campaña electoral de Labastida, sino con el hecho de que habían sido designados desde Los Pinos y dada la derrota en la elección presidencial, esas personas quedaban debilitadas, es decir, sin el respaldo de Zedillo, cuya autoridad dentro del PRI era ya escasa y, a los ojos de muchos priístas, cargaba con la responsabilidad del fracaso electoral; por otra parte, dada la situación de división interna, no era lógico dejar en manos de uno solo de los bandos (el de Labastida-Zedillo) los puestos de la dirección nacional sin antes haber negociado entre las dos principales fuerzas.

A pesar de que la fuente de legitimidad de los labastidistas (el ya saliente presidente Zedillo) estaba totalmente desprestigiada entre una parte importante de la clase

<sup>21</sup> Recuérdese que el CPN estaba integrado bajo directivas zedillistas que favorecían a los labastidistas.

<sup>22</sup> No está por demás recordar que Sauri, además de haber renunciado en condiciones penosas a la gubernatura de Yucatán unos años antes, durante el sexenio de Salinas, había trabajado con Labastida cuando él era secretario de gobernación de Zedillo y desde ahí había sido enviada, en abril de 1999, al PRI para ocupar la secretaría general, cuando González Fernández ocupaba la presidencia del partido. Ya luego fue designada por Zedillo como presidenta del partido durante la fase de la campaña presidencial de Labastida. En realidad, su peso político era menor y gran parte de la toma de decisiones durante la campaña electoral estuvo controlada por el secretario general Moctezuma y el secretario técnico del CPN, Gamboa Patrón.

prísta, ellos pudieron sobrevivir dentro del PRI en buena medida por inercia situacional, debido a que durante la campaña electoral se les habían concedido numerosas posiciones clave dentro de diferentes instancias centrales del partido (principalmente en el CEN y en el CPN). Así, después del 2 de julio, se quedaron con la herencia de diversos cargos directivos, lo que les confirió un cierto control sobre el aparato del partido. Ante la inminente ausencia de un presidente prísta de la República, realizar un cambio en la dirección del partido era como abrir una caja de Pandora. Para poder evitar que la designación de una nueva dirección nacional desembocara en la fractura organizativa, se requería de alguna resolución previa del conflicto entre los dos bandos pero sin romper las formas estatutarias aún vigentes, pues de otro modo el riesgo de división era casi ineluctable, cosa que quedaba perfectamente clara para todos los priístas de ambos bandos, el oficialista y el disidente.

El miércoles 5, el jueves 6 y el viernes 7, continuó el jaloneo interno dentro del PRI por el control de la comisión de transición. El 8 de julio, Madrazo reiteró su propuesta de formar una comisión nacional de consenso elegida por el CPN, que excluyera a Zedillo y su gabinete y que estaría integrada por gobernadores, presidentes de comités directivos estatales, líderes de las dos fracciones parlamentarias federales y locales, así como de los sectores. Esta comisión convocaría a reunión del CPN, el cual elegiría una dirección nacional provisional consensada por dos meses, a lo largo de los cuales se encargaría de conducir el inminente proceso de elección de los nuevos líderes de las fracciones priístas en las cámaras de diputados y senadores y, sobre todo, de preparar y organizar la asamblea nacional, la cual, según este esquema, debería realizarse en octubre con el fin de establecer el método para elegir una dirección nacional definitiva en el mes de noviembre del mismo 2001.<sup>23</sup>

En la tarde del 13 de julio, el grupo de los ex-presidentes nacionales del PRI<sup>24</sup> sostuvo un encuentro con Sauri para proponerle una agenda de trabajo que condujese a la reestructuración del PRI; de acuerdo con las notas informativas de prensa, estuvieron Carbajal Moreno, De la Vega Domínguez, Lugo Gil, Borrego Estrada, Moreno Uriegas, González Fernández.<sup>25</sup> Más tarde, ese mismo grupo se reunió con doce

<sup>23</sup> Reforma, 9 de julio de 2000.

<sup>24</sup> En lo que se refiere al grupo de los ex-presidentes nacionales del PRI, aunque estos notables del partido constituyen un grupo importante de opinión, dadas las circunstancias no contaban con una base propia de poder; en unos casos, su propia habilidad o su experiencia política o su red de relaciones personales, los armaba para enfrentar la nueva situación (como sería probablemente el caso de Carbajal); pero en los otros casos, debido al tipo de reclutamiento político del que provenían (De la Vega, Lugo Gil) o al hecho de que varios de ellos (Moreno, Borrego, González) dependían aún de Zedillo, lo que les restaba credibilidad al interior del partido, y además carecían de una visión política estratégica, con el alcance suficiente como para generar directrices que orientaran las acciones de los actores priístas.

<sup>25</sup> Aunque las notas informativas reportan la ausencia de Ortiz Arana, omiten mencionar que los también ex-dirigentes priístas Santiago Oñate, Pichardo Pagaza, Mariano Palacios y Humberto Roque, tampoco estuvieron presentes en esa reunión.

gobernadores priístas que se encontraban en ese momento en la Ciudad de México.<sup>26</sup> Poco se filtró de lo discutido en esa reunión, pero lo que traslucía es que cada vez se iba haciendo más evidente la línea divisoria entre los gobernadores priístas; en un bando destacaban Arturo Montiel del Estado de México, Fernando Moreno de Colima y René Juárez de Guerrero, mientras que en el otro sobresalían Roberto Madrazo de Tabasco, José Murat de Oaxaca y Juan Millán de Sinaloa. Las discusiones entre estos grupos —los ex-presidentes del partido y los gobernadores— lo que sí pusieron en evidencia era la lucha abierta por ocupar los espacios políticos de poder en el PRI, por lo que las relaciones entre ambos grupos se irían deteriorando en los días por venir.<sup>27</sup>

## Las primeras decisiones

El 14 de julio, la inexorable agenda política impuso la toma de una primera decisión política importante dentro del PRI, la elección de los líderes de sus respectivas fracciones en la cámara de diputados y en la de senadores. Y este no era un asunto menor dado el peso de la futura fracción priísta en ambas cámaras. Dada la próxima e inevitable desaparición de la figura del líder máximo partidario encarnada en el presidente de la República, estas posiciones de poder adquirieron un peso político aún mayor que antes y el bando que lograra ocuparlas tendría importantes cartas en el nuevo juego político interno. El acuerdo al que se llegó es que los legisladores elegirían en voto secreto a sus respectivos líderes camerales; aparentemente, esto aseguraba una decisión partidaria autónoma sin interferencia del gobierno; sin embargo, las cosas no fueron así.

En el caso del senado se registraron tres candidatos; Jackson ganó a sus dos contrincantes con una ventaja muy amplia (40 de 57 senadores presentes), pero de acuerdo con la versión de algunos senadores electos, la contienda se había inclinado a su favor desde varios días antes gracias a la intervención del secretario de gobernación, Dióodoro Carrasco, quien presionó a los nuevos legisladores priístas por medio de los gobernadores, del CEN (no hay que olvidar que los labastidistas habían heredado esta posición) y de los dirigentes estatales, para que orientaran el sentido de su voto.<sup>28</sup> En la Cámara de Diputados, se registraron dos candidatos. Al igual que en el caso de Jackson, de acuerdo con la versión de varios diputados electos, igualmente salieron desde

<sup>26</sup> Reforma, 14 de julio de 2000. Los doce gobernadores eran Alemán de Veracruz, García de Morelos, Hendricks de Quintana Roo, Madrazo de Tabasco, P. Martínez de Chihuahua, E. Martínez de Coahuila, Millán de Sinaloa, Morales de Puebla, Murat de Oaxaca, Núñez de Hidalgo, Silva de San Luis Potosí y Tinoco de Michoacán.

<sup>27</sup> Columna política "Templo Mayor", Reforma del 31 de julio de 2002.

<sup>28</sup> Reforma, 15 de julio de 2000.

Bucareli las directivas para que los gobernadores y los dirigentes partidarios orientaran el voto de los diputados y eligieran a Beatriz Paredes.<sup>29</sup>

Por lo demás, el hecho de que el bando madracista no pudiera proponer un candidato viable, muestra que no tenía cartas fuertes con que jugar en la mesa de San Lázaro para disputar el liderazgo de la fracción priísta. Esto no es sorprendente si se toma en cuenta que en la confección de las listas de candidatos priístas a cargos legislativos federales desempeñó un papel muy importante la aprobación (el *palomeo*) del presidente de la República, quien naturalmente favoreció a personajes vinculados a Labastida y lejos estuvo de apoyar a aquellos políticos vinculados o cercanos al gobernador tabasqueño. La animadversión de Zedillo hacia Madrazo tuvo su origen en la negativa de éste de renunciar a su cargo al inicio del sexenio y luego se vio reforzada por el enfrentamiento del gobernador tabasqueño con Labastida por la candidatura presidencial del PRI. Así, era de esperarse que el grupo madracista no tuviera ni cartas fuertes ni muchas posiciones en los futuros cuerpos legislativos, pues ciertamente el *palomeo* de candidatos no lo favoreció. Lo ocurrido durante el proceso de elección de líderes camarales puso en evidencia ante los ojos de los priístas, en particular en los del bando madracista, el peso que aún podía tener dentro del partido el saliente gobierno zedillista para favorecer las posiciones de la corriente labastidista.

Hacia fines de julio, el bando zedillista-labastidista modificó su posición respecto de quién debería encabezar al PRI y activamente empezó a promover como presidente del partido a Diódoro Carrasco, cuyo cargo como secretario de gobernación estaba por concluir, una figura cercana a Zedillo.<sup>30</sup> Incluso dos ex-presidentes del PRI, Borrego y González (quienes respectivamente ocuparon los cargos de director general del IMSS y del ISSSTE bajo la gestión de Zedillo), anduvieron promoviendo la candidatura de Carrasco para que encabezara al PRI después de diciembre.<sup>31</sup> En la segunda mitad de agosto, ante esta injerencia del gobierno de Zedillo en el problema de la designación de la dirección nacional priísta, se reunieron diecisiete gobernadores priístas (estuvieron ausentes Albores de Chiapas,<sup>32</sup> López Nogales de Sonora, Moreno Peña de Colima y Joaquín Hendricks de Quintana Roo) y en esta ocasión sí estuvieron presentes, Madrazo de Tabasco, Murat de Oaxaca y Millán de Sinaloa. En este encuentro, acordaron que la sesión CPN en la que debería establecerse la forma de selección del próximo presidente del CEN del PRI, debería realizarse el 6 de diciembre, cuando Zedillo ya no estuviera en el poder; asimismo, acordaron conformar el Foro Nacional de Gobernadores del PRI. Con el pretexto de que ésta era una reunión de gobernado-

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> Columna política de Eduardo Ruiz Healy en *El Universal* del 26 de noviembre de 2000.

<sup>31</sup> Columna política "Templo Mayor", *Reforma*, 31 de julio de 2000.

<sup>32</sup> El domingo 20 de agosto tuvo lugar la elección de gobernador en Chiapas.

res, Sauri no fue invitada a participar en la reunión.<sup>33</sup> Era claro, que el bloque de gobernadores priistas ya no estaba con Zedillo.

En noviembre de 2000, faltando poco menos de diez días para la transmisión de poderes, y como reacción a la iniciativa del grupo de gobernadores, dos figuras notables del bando madracista convocaron a otra reunión en la que se criticó fuertemente los acuerdos tomados por el grupo de gobernadores. José Murat, gobernador de Oaxaca,<sup>34</sup> y Gustavo Carbajal, un activo ex-presidente del partido, organizaron este acto al que asistieron alrededor de ciento cincuenta políticos vinculados a Madrazo y a Murat. Los participantes exigieron la consulta directa a la base para elegir al nuevo presidente del PRI, se acusó a Zedillo y a Labastida de querer manipular a los integrantes del CPN para imponer la integración del próximo CEN y se lanzaron en contra de los integrantes del Foro de Gobernadores priistas, a quienes recriminaron por haberse atribuido facultades que no les correspondían, como lo era la "decisión" de convocar a la realización de la sesión del CPN para el 10 de diciembre. Los presentes también se pronunciaron porque en la futura asamblea se discutiesen tanto los nuevos documentos básicos del partido y se eligiese a la nueva dirigencia; asimismo, acordaron que debería integrarse una comisión conformada por ex-presidentes del partido, gobernadores, diputados, senadores y representantes de los sectores para exigir a Sauri que diese a conocer la agenda prevista para la sesión del CPN y que en éste se abriera la discusión sobre el método para elegir al nuevo dirigente nacional del PRI.<sup>35</sup>

Como respuesta a este acto, Sauri, por medio de quien se expresaron los labastidistas, criticó las presiones de aquellos que exigían el método de consulta directa a la base y propuso que éste fuese discutido en la próxima sesión del CPN, en tanto que César Camacho, abogó por que no se discutiera la ampliación del consejo en esa misma ocasión. La posición de la dirigencia nacional en funciones era no incluir el punto de la elección de la nueva dirigencia en el orden del día de la tan pospuesta sesión del CPN.<sup>36</sup> Al final de cuentas, no hubo sesión del CPN el 10 de diciembre y nuevamente su realización se pospuso hasta mediados de febrero de 2001. Este nuevo retraso

<sup>33</sup> Reforma, 20 de agosto de 2000.

<sup>34</sup> Llama la atención que, no obstante que Murat había participado en agosto con el grupo de gobernadores, ahora encabezara esta reunión en la que se cuestionó severamente las iniciativas tomadas precisamente por aquel grupo de mandatarios estatales. Posiblemente, se trató de una situación en la que se combinaron dos elementos: por una parte, un cálculo estratégico de los gobernadores abiertamente disidentes (Murat, Millán, Madrazo) para ampliar su espectro de alianzas, aunque sólo fuese coyunturalmente, para enfrentarse a los labastidistas atrincherados en las posiciones jerárquicas formales del Comité Ejecutivo Nacional del PRI; por otra parte, ese cambio de posición de Murat pudo deberse al hecho de que, durante esos días, la situación interna del partido era fluctuante y seguramente se registraban constantes reacomodos en el juego de alianzas.

<sup>35</sup> Reforma, 23 de noviembre de 2000 y columna política de Eduardo Ruiz Healy en *El Universal* del 26 de noviembre de 2000.

<sup>36</sup> *Ibid.*

obedeció seguramente a que aún no se llegaba a un consenso previo a la sesión y a lo cargado de la agenda política nacional.

En efecto, en esos días, importantes problemas del entorno externo del PRI exigieron toda la atención de sus divididas élites: la transmisión del poder presidencial al panista Vicente Fox, la instalación de la nueva legislatura federal, la crisis electoral desatada a fines de diciembre y principios de enero con motivo de la instalación del sucesor de Madrazo en la gubernatura de Tabasco, y el conflicto entre el gobernador de Yucatán<sup>37</sup> y el Tribunal Electoral Judicial de la Federación en torno a la integración del Consejo Estatal Electoral en enero y febrero de 2001. Así pues, diciembre fue una especie de compás de espera en lo que se refiere a los destinos organizativos internos del PRI, durante el cual los militantes del partido, en otros tiempos denominado el "invencible" o el "partidazo" o el "tricolor" en la jerga periodística, debieron de capear la fuerte presión ambiental generada por todo ese conjunto de acontecimientos.

Al inicio de 2001, se reiniciaron los movimientos y posicionamientos en torno a la agenda de la sesión del CPN y se empezaron a discutir los lineamientos para resolver el problema de la sucesión en la dirección nacional del PRI. El 25 de enero, Madrazo, Roque y Bartlett se reunieron para formar un frente que intentaría impulsar el establecimiento de una dirigencia nacional de seis meses, transitoria y acotada, a la que incluso podría llegar algún labastidista pero ningún zedillista, y que se encargaría de convocar a una consulta a los militantes para nombrar a los líderes definitivos.<sup>38</sup> El 9 de febrero de 2001, unos días antes de la programada sesión del CPN, Madrazo y Labastida se reunieron para limar sus diferencias y establecieron un acuerdo político con Bartlett y Roque para nombrar una dirigencia de transición y comprometerse a que ninguno de ellos aspiraría a esta última; también se comprometieron a superar las divisiones en la próxima reunión del CPN.<sup>39</sup> En este esquema, un día antes de la sesión del consejo, deberían reunirse, en la sede del PRI, Bartlett, Roque, Labastida, (Madrazo no asistiría debido a que saldría del país), los líderes de las cámaras, los representantes de los sectores y los gobernadores priístas, para consensar la designación de la nueva dirigencia. Más o menos en esa misma fecha, se reunieron los gobernadores priístas en San Luis Potosí y declararon que ninguno de ellos aspiraría a dirigir el PRI.<sup>40</sup> La tregua parecía ser un hecho, aunque aún no fueran claros los términos de ésta. Los pretendientes a ocupar el cargo de la presidencia nacional del PRI no escasearon: uno de ellos era Manuel Bartlett<sup>41</sup> y, entre el grupo labastidista, Mariano Palacios y Rodolfo Echeverría.<sup>42</sup>

<sup>37</sup> El gobernador Cervera Pacheco, bajo cuya protección había hecho inicialmente su carrera política Sauri en Yucatán.

<sup>38</sup> *La Jornada*, 26 de enero de 2001.

<sup>39</sup> En aquellos días, coloquialmente se designaba a los cuatro ex-candidatos presidenciales priístas como "los cuatro fantásticos".

<sup>40</sup> *El Universal y Reforma*, 10 de febrero de 2001.

<sup>41</sup> *La Jornada y El Universal*, 14 de febrero de 2001.

<sup>42</sup> *El Universal*, 14 de febrero de 2001.

De este primer periodo inmediato posterior a la derrota electoral del candidato presidencial del PRI pueden desprenderse algunas conclusiones. La primera es que la derrota presidencial fue un sacudimiento organizativo que alteró la composición real, más no la configuración formal, de la CD priísta debido fundamentalmente a causas externas; la desaparición de la figura del presidente de la República como líder máximo del PRI modificó crucialmente el mapa de poder organizativo real dentro del PRI y planteó a sus élites internas el problema del poder. En segundo lugar, con todo y todo, de julio a noviembre de 2000, la menguante influencia de Zedillo sobrevivió por inercia situacional, a pesar de su desprestigio político dentro del PRI. Tercero, de diciembre de 2001 a febrero de 2002, gracias a que los labastidistas habían sido colocados en puestos clave dentro del partido por Zedillo, heredaron un cierto margen de control sobre el aparato del partido que les permitió fortalecerse como corriente interna en 2001-2002. Cuarto, la derrota electoral y la desaparición de la fuente de legitimidad externa de la dirigencia nacional del PRI debilitaron al Comité Ejecutivo Nacional designado bajo el gobierno de Zedillo; la permanencia de la figura de Sauri y los cambios en el resto del comité simplemente fueron muestras de que internamente la cúpula del PRI estaba tan dividida y enfrentada, que se encontraba en una situación más bien cercana al vacío interno de poder.

Lo más importante durante este periodo de *interregno* fue que, a pesar de su carácter conflictivo, transitorio y fluctuante, se instrumentaron soluciones y se perfilaron los grupos, actores y centros de poder que, poco a poco, empezarían a delinear el futuro organizativo del PRI. En este *interregno* ocurrieron las primeras acciones y decisiones que pragmáticamente habrían de influir en el rumbo y los resultados de la XVIII Asamblea General de Delegados.<sup>43</sup> La lucha de bandos por controlar la dirección nacional no sólo era una confrontación de fuerzas, sino que previamente había que llegar a un acuerdo sobre cómo modificar las reglas estatutarias para, con base en éstas, resolver el problema de la instalación de una nueva dirección nacional.

### **La tregua: los acuerdos de *El Caballito* y la XL sesión ordinaria del CPN**

En la víspera de la reunión del CPN, el bando madracista se inclinaba por un presidente interino, mientras que el labastidista más bien por la permanencia de Sauri. No sólo era un asunto de nombres, también estaba en juego bajo qué reglas debería designarse a la nueva dirigencia nacional. Al igual que durante los primeros días de julio de

<sup>43</sup> Tradicionalmente, siempre se había denominado a esta instancia Asamblea Nacional, pero los estatutos reformados de la XVII Asamblea Nacional (septiembre de 1996) le cambiaron el nombre por el de Asamblea General de Delegados. Más tarde, los estatutos reformados por la XVIII Asamblea General de Delegados (noviembre de 2001), retomaron de nuevo el término de Asamblea Nacional.

2000, cuando el bando labastidista aún apoyado por el gobierno quiso acelerar la reunión del CPN para copar la dirección nacional, esta segunda coyuntura constituyó un momento sumamente crítico. Probablemente, fue en estas dos situaciones, cuando el PRI estuvo más cerca que nunca de la ruptura organizativa. Para solventar sus diferendos, evitar que estallase una crisis durante la reunión del CPN y alcanzar un consenso previo, se programó una reunión para el miércoles 14 de febrero en las oficinas del PRI del recinto senatorial de la Torre de *El Caballito*.

En realidad, las negociaciones habían empezado antes. Desde la noche del martes 13 de febrero hasta la madrugada del jueves 15, tuvieron lugar una serie de reuniones decisivas en la preparación de la sesión del CPN que tendría lugar ese fin de semana. Esas reuniones fueron probablemente "la madre de todas las batallas" en torno al futuro organizativo del PRI. En la noche del martes 13, se reunieron el gobernador José Murat, el senador Ulises Ruiz, el diputado Carlos Jiménez Macías, Samuel Aguilar, José Manuel García García y el senador Humberto Roque Villanueva, en la casa de Bartlett para apoyar su candidatura como presidente interino del PRI. Hacia la medianoche, Murat se dirigió a la casa de Labastida para llevarle la propuesta, éste último la rechazó y a su vez propuso a Mariano Palacios como presidente del CEN, a Rodríguez Barrera como secretario general y a Jiménez Morales como secretario técnico del CPN. Negociaron hasta las cuatro de la mañana (madrugada del miércoles 14), pero no llegaron a ningún acuerdo, por lo que las pláticas se reanudarían en las oficinas del PRI de la sede senatorial en la torre de *El Caballito*, a las cinco y media de la tarde del mismo miércoles 14.<sup>44</sup> Sauri, en veladas declaraciones a la prensa, se opuso a la postulación de Bartlett.<sup>45</sup>

Así pues, por la tarde del miércoles 14 de febrero, "la crema" de las élites priístas se reunió en la torre de *El Caballito*, para tratar de llegar a un consenso previo a la reunión del CPN en Ixtapan de la Sal en torno al problema de la dirigencia nacional priísta. Los puntos en debate eran si se nombraba o no un dirigente interino, quien encabezaría al partido en la etapa de preparación de la XVIII asamblea, en caso de acordarse la sustitución de Sauri, y la fecha de realización de la asamblea.<sup>46</sup> Al cónclave priísta, como se le bautizó en la prensa, acudieron varios gobernadores priístas (once o trece, según la fuente); Roque, Bartlett y Labastida; Madrazo no participó directamente por estar aún fuera de México; los coordinadores en el Congreso de la Unión, Jackson y Paredes; los presidentes de los comités directivos estatales en las entidades federativas donde el PRI era oposición; los dirigentes de los sectores y organizaciones corporativas. La reunión se prolongó hasta la medianoche.<sup>47</sup>

<sup>44</sup> La Jornada, 15 de febrero de 2001.

<sup>45</sup> El Universal y La Jornada, 15 de febrero de 2001.

<sup>46</sup> La Jornada, 14 de febrero de 2001.

<sup>47</sup> Ibid.

Durante el debate en la Torre de *El Caballito*, el punto sobre la permanencia de Sauri no contó inicialmente con el voto de la corriente madracista y ya no se discutieron los nombres de los sustitutos en el CEN; Bartlett, viéndose descartado, se retiró a las diez de la noche y al día siguiente haría declaraciones cuestionando a Sauri por haber presentado primero su renuncia "irrevocable" y luego haber aceptado continuar al frente del PRI.<sup>48</sup> Sin embargo, después de que Bartlett se retiró, la corriente encabezada por Murat y Carbajal Moreno y la encabezada por Labastida concluyeron la conveniencia de que Sauri permaneciera en la presidencia del PRI hasta que se efectuara una sucesión de acuerdo con los lineamientos que derivarían de la futura asamblea.<sup>49</sup> Todos los asistentes de ambos bandos se comprometieron a respaldar a la dirigente durante ese periodo.<sup>50</sup> El pactar que Sauri continuase al frente del partido hasta que se realizara la Asamblea Nacional, la cual sería la arena política en la que medirían sus fuerzas los dos bandos internos del PRI y en donde se determinaría el rumbo a seguir para elegir dirigencia nacional, era un acuerdo de gran importancia, pues, según los estatutos vigentes en ese momento, sólo el CPN podía elegir a los nuevos dirigentes, pero de haberse seguido esta segunda vía, los riesgos de ruptura se habrían elevado enormemente.

Otros acuerdos derivados de la reunión cupular fueron: convocar la XVIII asamblea a más tardar en enero de 2002, designar una comisión encargada de prepararla, crear una comisión que propusiese a la asamblea los métodos para la elección de la nueva dirigencia nacional, ampliar y reestructurar al CPN para que estuviesen representadas todas las fuerzas priístas; además, por ser la primera vez que el PRI no detentaba el cargo presidencial, invitar a todos los gobernadores priístas y a priístas distinguidos, con derecho de voz pero no de voto, para que asistiesen a esa crucial sesión del CPN; también se decidió proponer la creación de comisiones temáticas de seguimiento al trabajo del presidente Fox y comisiones en torno a los temas nacionales y coyunturales. Todos estos acuerdos deberían ser ratificados por el CPN. También se informó que Madrazo y Labastida, quienes no eran miembros formales del consejo, serían invitados a esa reunión.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> *El Universal*, 16 de febrero de 2001.

<sup>49</sup> *La Jornada*, 16 de febrero de 2001.

<sup>50</sup> *La Jornada* y *El Universal*, 15 de febrero de 2001. Según la interpretación política de Francisco Cárdenas Cruz, en su columna "Pulso Político" de *El Universal* del 19 de febrero de 2001, la permanencia de Sauri significaba que el equipo que estaba detrás de Labastida (el *dream team*) había logrado mantenerla en la dirección del PRI para que nadie pudiera enterarse de los manejos en la campaña electoral, quizá aludiendo a las deudas contraídas para solventar los gastos de la campaña. Puede que en esto haya algo de verdad, sin embargo, nos parece que no toma en consideración el fuerte pragmatismo que caracteriza a las élites priístas, en el sentido de no tomar riesgos, en este caso de ruptura organizativa, que serían muy costoso para ambos bandos.

<sup>51</sup> *El Universal* y *La Jornada*, 15 de febrero de 2001. *El Universal*, 16 de febrero de 2001.

Por fin, la tan aplazada y esperada XL reunión ordinaria del CPN del PRI tuvo lugar durante los días viernes 16, sábado 17 y domingo 18 de febrero de 2001, en Ixtapan de la Sal, Estado de México. En su discurso inaugural,<sup>52</sup> Sauri presentó en tres bloques la agenda de la sesión. El primero se refería a “asuntos ordinarios” del partido relacionados con sus actividades políticas en 2000 y 2001. En esta parte, presentó la propuesta de constituir la comisión para el diseño de la XVIII asamblea y de realizar ésta a más tardar en marzo de 2002; también mencionó que solicitaría a las comisiones de unidad partidaria y de normatividad, la elaboración de una propuesta de punto de acuerdo para la ampliación del CPN y que entregaría un documento elaborado por los ex-presidentes del partido donde se recogían las propuestas en torno a este punto. El segundo se refería a la posición del PRI frente a los grandes temas nacionales. El tercero se ocupaba del régimen interno del partido, en particular lo relativo a su dirigencia nacional. Adicionalmente, como desde febrero de 2000 el CPN no se había reunido y Gamboa Patrón había renunciado desde julio al cargo de secretario técnico del mismo, se votó al inicio de la reunión que Celso Humberto Delgado, ex-gobernador de Nayarit, fuese quien ocupase el cargo sólo para esa sesión.<sup>53</sup>

Para posicionarse ante el CPN y poder influir más directa y explícitamente en las decisiones de sus integrantes, el grupo de gobernadores priistas, por medio de José Murat, presentó tres propuestas ya consensadas entre ellos: la ampliación del CPN, la realización de la asamblea nacional y un método democrático para la elección de dirigente. Silva Nieto, el gobernador de San Luis Potosí, las secundó en seguida, enfatizando que esos eran los puntos centrales de esa sesión, e incluso planteó que era la asamblea la que debería convocar a “la renovación genuinamente democrática de la dirigencia del partido”.<sup>54</sup> En lo esencial, eran las mismas propuestas derivadas de la reunión de *El Caballito* y ya se hallaban incluidas en la orden del día, pero es probable que este grupo haya querido asegurarse, por cuenta propia, de que la discusión de estos asuntos no se escamotease en el CPN en alguna maniobra sorpresiva y evitar que el CPN, en uso de sus atribuciones estatutarias, eligiese nuevos dirigentes en esa misma sesión; también es factible que hayan querido respaldar con su fuerza política esas tres propuestas.

<sup>52</sup> La descripción que aquí hacemos de los debates, se sustenta fundamentalmente en las versiones estenográficas de la XL sesión ordinaria del CPN del PRI que se reproducen en el sitio del PRI en Internet. Aquí presentamos los principales puntos de la orden del día relacionados con el tema que nos interesa y que por lo demás fueron los que acapararon las preocupaciones políticas de los consejeros mismos, pero en realidad esa agenda estuvo respaldada con otros muchos asuntos importantes.

<sup>53</sup> Versión estenográfica de la XL sesión ordinaria del CPN del PRI.

<sup>54</sup> *Ibid.*

Enseguida se pasó al tema de la renovación estatutaria de 145 de los 352 integrantes del consejo mismo.<sup>35</sup> En el siguiente punto, Solís Acero, a pesar de no haber sido quien ocupó el cargo de secretario de elecciones en 2000,<sup>36</sup> fue el encargado de presentar, a nombre del CEN, un informe sobre las elecciones de aquel año.<sup>37</sup> En este tema, sin lugar a dudas, la intervención más notable fue la hecha por Beatriz Paredes y vale la pena reproducir algunos extractos de su lúcida intervención en este punto, pues caracterizó atinadamente la situación del PRI en esos momentos e hizo un verdadero balance político:

[...] desde mi punto de vista nosotros no sufrimos una derrota política. Nosotros sufrimos una derrota histórica [...] En ese sentido ¿por qué quiero decir que fue una derrota histórica? Primero porque hay algo que tenemos que reconocer: el sistema político mexicano cambió; no estamos viviendo en el mismo sistema político mexicano. El sistema político mexicano tuvo una profunda transformación, dejó de ser un sistema político en donde el eje del poder era un partido hegemónico que podía distribuir con métodos democráticos, autoritarios, mixtos, híbridos, el poder para convertirse en un sistema político donde la transformación de las instituciones electorales obligaron a la competencia electoral [...] Se transformó el sistema electoral mexicano y el partido no se transformó con ese ritmo [...] Primer elemento, yo sostengo que no es el mismo sistema político mexicano que en el que ganamos otras presidencias de la República [...] Una derrota histórica ¿por qué? porque es concordante, es consecuente con las derrotas que han tenido partidos similares al nuestro; grandes partidos nacionales con proyecto nacionalistas, con organizaciones de masas corporativas, con capacidad de articulación de proyectos de carácter nacional y que tienen como eje la vinculación clientelar [...] Sin embargo, hay un elemento que caracteriza la naturaleza profunda de esta derrota histórica: nos derrotaron nuestros enemigos históricos. No nos podemos confundir, es la primera vez, en 150 años de historia de México, que un proyecto claramente contrario a las tesis políticas que sostuvieron los liberales del siglo XIX y que sostuvimos los revolucionarios de la Revolución Mexicana en el siglo XX [...] En la época contemporánea parecería que las

<sup>35</sup> De acuerdo con la versión estenográfica, los nuevos integrantes eran 21 presidentes de comités directivos estatales, 18 presidentes de comités directivos municipales y distritales, 7 senadores, 10 diputados federales, 11 diputados locales y asambleístas, 5 gobernadores, 6 presidentes municipales, 18 del sector agrario, 4 del sector obrero, 15 del sector popular, 15 del movimiento territorial, 9 juveniles, 1 de las mujeres y 5 de otros. Además se propuso que en la siguiente sesión se sometiese a voto la incorporación de los cuatro precandidatos presidenciales. *Ibidem*.

<sup>36</sup> El cargo lo había ocupado Carlos Almada, que durante el gobierno de Salinas había sido el director del Registro Federal de Electores del IFE. Por su parte Solís Acero había ocupado el cargo de secretario general del IFE, durante el periodo en que Chuayfett fue presidente del instituto, antes de la autonomización de 1996, y durante los primeros años del IFE bajo la presidencia de Woldenberg.

<sup>37</sup> Gran parte del informe era un balance estadístico. En su análisis de la derrota, la atribuyó a la política gubernamental, al efecto negativo de la confrontación entre Labastida y Madrazo durante el proceso interno para elegir candidato presidencial y a fallas en el diseño de la campaña y en el funcionamiento de la estructura partidaria. *Ibidem*.

democracias electorales que sustentan el mundo de la articulación occidental de intereses, requieren partidos políticos que son maquinarias electorales [...] y han desplazado a los partidos con un compromiso social claro, con organizaciones de masas comprometidas y con plataformas históricas y de futuro que tengan que ver con los intereses populares. Tenemos una crisis de partido, que también es una crisis histórica, porque hay un nuevo rol entre los agentes esenciales del poder [...] En ese sentido, estamos viviendo una transformación de las motivaciones que llevan al electorado a apoyar a las personalidades [...] Y esa transformación en un país como México, vecino de la mayor potencia del mundo, donde el ambiente político-ideológico se trastocó, donde estamos viviendo, y me duele mucho decirlo, la primera generación de mexicanos que tiene un paradigma norteamericano y no un paradigma mexicano ni un paradigma latinoamericano, nos enfrenta a que esta derrota histórica que sufrimos corresponde a una transformación estructural del carácter del Estado mexicano [...] No podemos ser el mismo partido político, porque ese partido político, de ese sistema político no tiene funcionalidad histórica en la realidad contemporánea.<sup>58</sup>

El segundo día de la XL sesión ordinaria, el sábado 17, en la larga lista de puntos que integraban la orden del día, destacó por su importancia política la creación de varias comisiones internas del CPN, en particular, la aprobación de los acuerdos para crear la comisión encargada de diseñar la XVIII Asamblea General de Delegados y la que se ocuparía de estudiar y proponer a dicha asamblea los métodos para elegir a los dirigentes del partido. Estos puntos suscitaron una amplia discusión, sobre todo en lo que se refiere a cómo deberían estar integradas dichas comisiones.

En cuanto la comisión encargada de diseñar la próxima asamblea, García Ramírez, en su carácter de secretario de la mesa directiva del CPN, sometió a la consideración de los consejeros el documento con el acuerdo correspondiente. En él se señalaba que la asamblea debería llevarse a cabo en un plazo que no excedería de marzo de 2002; se proponía una integración siguiendo el esquema clásico de representación de los grupos de poder dentro del PRI.<sup>59</sup> En relación con este punto de la agenda, Murat hizo una propuesta muy concreta, que fue respaldada por Beatriz Paredes, de que la fecha límite para la asamblea fuese el 20 de noviembre; este punto específico sobre la fecha se sometió a votación en el consejo y fue aprobado. Como hubo también otras propuestas, la votación del acuerdo completo ya modificado se dejó para la sesión plenaria de

<sup>58</sup> *Ibid.* Esta intervención ocurrió el viernes 16 de febrero de 2001.

<sup>59</sup> La integración propuesta era la siguiente: el presidente y el secretario general del CEN; los coordinadores de los grupos parlamentarios de ambas cámaras legislativas y el de acción legislativa de los legisladores locales; los coordinadores de los sectores agrario, obrero y popular, los dirigentes del movimiento territorial, de la Organización Nacional de Mujeres Priistas, del Frente Juvenil Revolucionario y el de la Unidad Revolucionaria; tres gobernadores; tres presidentes de comités directivos de las entidades federativas; un consejero de la Federación Nacional de Municipios de México. *Ibid.*

esa noche.<sup>60</sup> En este punto, la corriente disidente, o renovadora como la llamó la prensa, se anotó un tanto a su favor, al lograr adelantar la realización de la asamblea para noviembre de 2001 y no en marzo de 2002 como lo propuso la corriente oficialista por medio de Sauri. En lo que concierne a la integración de la comisión para diseñar la asamblea, ganó la propuesta presentada por el CEN y no se aceptó la apoyada por la tendencia madracista, la cual buscaba ocupar posiciones en ella a partir de la ampliación de la participación de los "cuadros distinguidos" en la conformación de dicha comisión.

Respecto de la ampliación del CPN, esta propuesta, también derivada de los acuerdos de *El Caballito*, fue presentada por el CEN y se especificó que el objetivo era promover la incorporación de todos los gobernadores priistas al consejo, fortalecer la participación de los legisladores federales y locales priistas e incrementar la presencia de los presidentes municipales priistas en dicho órgano partidario. Este tema fue muy discutido y contó con mucho apoyo entre los miembros del consejo. La propuesta se sometió a votación y fue aprobada.<sup>61</sup>

Respecto de la creación de la comisión que estudiaría y propondría a la próxima asamblea los métodos para elegir dirección nacional, el secretario técnico, Delgado, presentó un acuerdo inspirado en los planteamientos hechos por el grupo de trabajo para la nueva gobernabilidad interna del partido, integrado por los ex-presidentes del CEN, el cual a su vez recogió diversas propuestas provenientes de diferentes grupos del partido. La integración de la comisión, de nueva cuenta, siguió el patrón clásico de representación de los grupos internos de poder del PRI. Quince días antes de la asamblea, esta comisión debería entregar sus conclusiones a la mesa directiva de la misma asamblea. Sin modificaciones, el documento fue aprobado en la votación.<sup>62</sup>

En este punto, hubo tres ejes de enfrentamiento entre la corriente oficial y la corriente disidente: la integración de la comisión respectiva, la fecha de cambio de dirección nacional y la vía para determinar el método para la designación de la futura dirigencia nacional. En cuanto al primer punto, de nueva cuenta la corriente oficialista logró derrotar a la propuesta disidente para modificar el esquema de su integración de la comisión e incluir a más "priistas distinguidos", lo cual habría ampliado el espacio de influencia de los seguidores de Murat y Madrazo; la propuesta de integración presentada por la mesa directiva fue apoyada por Labastida y Montiel, en tanto que

<sup>60</sup> *Ibid.*

<sup>61</sup> *Ibid.*

<sup>62</sup> La comisión quedaría integrada por el presidente y el secretario general del CEN; un diputado federal, un senador y un legislador local; un representante de cada área corporativa (agrario, obrero, popular, mujeres, jóvenes y unidad revolucionaria); dos gobernadores; dos presidentes de comités directivos de entidades federativas; un representante de la Federación Nacional de Municipios de México. *Ibid.*

Beatriz Paredes "cabildeó" y logró convencer a muchos consejeros, incluido Murat, de apoyar finalmente el esquema clásico de integración de la comisión.<sup>63</sup>

Respecto del segundo eje de discusión, la propuesta disidente presentada por el senador Ulises Ruiz, de fijar en ese momento el 4 de marzo de 2002 como fecha de término de la gestión de Sauri (como sucedería más tarde en los hechos), fue derrotada.

Por último, en cuanto a la vía que habría de seguirse para determinar el método de designación de la futura dirección nacional, la corriente disidente se anotó un tanto a su favor, pues logró que se aceptara oficialmente por el CPN, no sólo que fuese la futura asamblea nacional la que decidiera sobre este punto, sino además que dicho método involucrara la consulta nacional. En este tercer punto, es notable que la propuesta de la corriente madracista hubiese contado con el apoyo de Beatriz Paredes y del cenecista Heladio Ramírez; mientras que la propuesta hecha por Labastida y el gobernador Montiel, desde el viernes y reiterada el sábado, de que la dirección nacional fuese electa por los sesenta y cinco mil comités seccionales, es decir, el aparato del partido, ni siquiera fue considerada.

En suma, en estos puntos decisivos para el futuro organizativo del PRI, la corriente labastidista logró: a) mantener su control sobre el esquema de integración de las comisiones de diseño de la asamblea y la de métodos de elección de dirigentes; b) evitar, temporalmente, el establecimiento de la fecha de salida de Sauri (lo que equivale a decir instalar un nuevo presidente de partido durante los siguientes doce meses) y con ello ganar tiempo. Por su parte, la corriente madracista logró: a) adelantar la fecha de realización de la asamblea, lo cual abría la posibilidad de conseguir ulteriormente la salida de Sauri en marzo de 2002; b) establecer que el método de elección de dirección nacional lo decidiese la asamblea y, además, que dicho método debería involucrar la consulta a las bases, es decir, que en la asamblea no se decidiese que el CPN mismo eligiera el nuevo presidente del CEN del PRI. Estos resultados muestran cómo dentro del PRI se estaba empezando a establecer un nuevo equilibrio interno de poder.

Por la tarde de ese mismo día, sábado 17 de febrero, el pleno se dividió en mesas de trabajo para analizar los diversos aspectos del punto relativo a la posición del PRI ante los grandes temas nacionales.<sup>64</sup> En la sesión plenaria de esa noche, además del largo espacio acordado a la crisis político-electoral de Yucatán y las relatorías de las mesas de trabajo temáticas, García Ramírez presentó la nueva versión del acuerdo para crear la comisión encargada de diseñar la XVIII asamblea, en donde se incorpora-

<sup>63</sup> La Jornada, 18 de febrero de 2001.

<sup>64</sup> Los temas de las mesas de trabajo fueron los siguientes: 1) plan nacional de desarrollo; 2) reforma del Estado: reformas o nueva constitución; 3) soberanía y política internacional; 4) relaciones laborales; 5) alianzas y coaliciones; 6) petróleo y electricidad; 7) derecho y cultura indígenas; 8) desarrollo rural integral; 9) reforma fiscal integral; 10) relación partido gobierno. Los dos últimos puntos suscitaron debates muy amplios. Versión estenográfica de la XI sesión ordinaria del CPN del PRI.

ron las modificaciones propuestas durante la discusión, notablemente el establecimiento de noviembre de 2001 como fecha límite para la realización de dicha asamblea. Este punto fue aprobado en votación económica.

Paralelamente al desarrollo de las sesiones formales del CPN, otro tipo de asuntos políticos, también relacionados con el tema de la dirigencia partidista, se discutieron en los pasillos del hotel sede. La crisis de liderazgo en el PRI abierta el 2 de julio de 2000, tomó formas muy específicas durante la reunión de Ixtapan de la Sal, pues Sauri no gozaba de autoridad política en el partido, no había secretario general del CEN formalmente designado como tal, sino sólo un encargado del despacho de asuntos, y lo mismo sucedía con la secretaría técnica del CPN.

En cuanto al problema de revestir de alguna autoridad a la presidenta del partido, la primera mitad del tercer día de la sesión se compuso de una larga cadena de intervenciones para ratificar la permanencia de Sauri en la dirección nacional. La cadena de oradores que intervinieron en este punto siguió la clásica estructura de los grupos de poder en el PRI, para con ello dejar claro que, a pesar de las diferencias en torno al futuro del partido, las élites internas habían logrado reconstruir su cohesión y que se conjuraba el peligro de una división organizativa, como muchos lo esperaban o lo temían, provocada por el desacuerdo de quién y cómo debería ocupar el cargo durante los nueve meses que faltaban para la realización de la decimotava asamblea. La cuestión de ofrecer una cara de unidad estaba fundamentalmente orientada al exterior, pues el PRI tenía ante sí el inusitado reto de ser el mayor partido de oposición y tener que posicionarse y negociar ante el nuevo gobierno nacional encabezado por el panista Vicente Fox.

Aunque la permanencia de Sauri derivó de los acuerdos de *El Caballito*, durante los días de la XL sesión no dejó de haber intentos por ambas partes de revertir el acuerdo. Del lado de la tendencia oficialista encabezada por Labastida, naturalmente querían aprovechar su posición mayoritaria en el consejo y elegir de una vez una dirección nacional por cuatro años, y según se rumoraba en los corrillos del hotel sede, ya fuera de la sesión, insistían en colocar a Mariano Palacios en la presidencia del CEN.<sup>65</sup> También se dijo que hubo gobernadores que acusaron a Labastida de haber maniobrado hasta el último momento, antes de la XL sesión, para tratar de colocar a alguno de sus allegados en la presidencia del partido y que, al no lograr este propósito, cabildearon para que continuara Sauri, con la certeza de que seguiría siendo una mera figura decorativa.<sup>66</sup>

Como quiera que fuera, todos se disciplinaron al acuerdo de mantener y respaldar a Sauri. Sin embargo, subsistía el problema del nombramiento definitivo del secretario

<sup>65</sup> Julio Hernández López, columna "Astillero", *La Jornada*, 19 de febrero de 2001.

<sup>66</sup> Francisco Cárdenas Cruz, columna "Pulso político", *El Universal*, 19 de febrero de 2001.

general del CEN y del secretario técnico del CPN. Estos dos cargos habían quedado vacantes desde julio de 2000, luego de las renunciadas respectivas de Moctezuma y Gamboa. En la época en que el PRI monopolizaba la presidencia de la República, los nuevos titulares de esos cargos habrían sido designados por el titular del poder ejecutivo y luego habrían sido formalmente electos o designados por el CPN, que en aquella época era formalmente la única instancia facultada por los estatutos para hacerlo. Así, el parcial vacío interno de poder creado por el 2 de julio, las constantes posposiciones de la sesión del CPN y la lucha irresuelta entre las dos corrientes principales por controlar la dirección nacional del PRI, fueron los elementos que dificultaron la designación de titulares para cubrir esos dos cargos.

Desde el sábado por la mañana, los corrillos formados por los consejeros en los pasillos y salones del hotel sede habían estado discutiendo el problema de la dirección nacional, en especial porque García Ramírez había expresado su intención de renunciar el domingo a seguir como "encargado del despacho" de los asuntos de la secretaría general del CEN del PRI. En el caso, de la secretaría general se barajaron varios nombres (Rodríguez Barrera, Rodolfo Echeverría, Bastidas). Como en las negociaciones no se llegó a un acuerdo sobre quiénes deberían ocupar esos dos cargos, los grupos decidieron que esos nombramientos se pospusieron para la siguiente sesión, programada para el 27 de abril, y le solicitaron a García Ramírez que continuara en el cargo hasta esa fecha.<sup>67</sup> La secretaría técnica del CPN seguía también vacante pues, como se ha señalado más arriba, Celso Delgado sólo había recibido un nombramiento provisional, por votación y a propuesta de la mesa, para ocuparse de esa responsabilidad únicamente en la XI sesión ordinaria.

El otro asunto importante tratado ese último día fue la creación de la Comisión Política Permanente del mismo CPN. En la presentación del punto, el encargado de la secretaría general, García Ramírez, argumentó la necesidad de fortalecer los procedimientos de coordinación política del partido, manifestó que la comisión debería estar facultada para conocer los asuntos relevantes que requiriesen atención inmediata, cuyas sesiones se harían con mayor frecuencia que las del CPN, agregó que el principal objetivo era su función permanente de coordinación y enlace, para que el PRI contase con un espacio colegiado y ágil de coordinación política. La integración de la comisión siguió la misma clásica pauta de siempre.<sup>68</sup> La CPP estaría presidida por el presidente del CEN, función en la que lo sustituiría el secretario general en caso de ausen-

<sup>67</sup> *La Jornada y El Universal*, 19 de febrero de 2001.

<sup>68</sup> Los integrantes de la CPP serían: el presidente y el secretario general del CEN; los coordinadores parlamentarios de la cámara de diputados y el senado; así como el coordinador de acción legislativa de los legisladores locales del partido; los coordinadores de las organizaciones corporativas (agraria, obrera, popular, mujeres, juvenil, movimiento territorial y la Unidad Revolucionaria); tres gobernadores; tres presidentes de comité directivo de entidad federativa; tres consejeros de la Federación Nacional de Municipios de México. Versión estenográfica del XI sesión ordinaria del CPN del PRI.

cia. Naturalmente, este acuerdo fue aprobado. Con estos acuerdos básicos, culminó la XL sesión ordinaria del CPN del PRI.

### Algunas conclusiones preliminares

Como ya lo hemos señalado, si el CPN, en uso de sus atribuciones estatutarias vigentes en febrero de 2001 y bajo las condiciones políticas internas prevaletientes en aquellos días, se hubiese lanzado al proceso de elegir presidente y secretario general del CEN, así como al secretario técnico del consejo mismo, lo más probable es que se habría desencadenado una fuerte lucha de facciones que habría aproximado mucho al PRI de la fractura y, en todo caso, los dirigentes electos habrían contado con una legitimidad interna mermada.

La permanencia de Sauri, más que un "triumfo" del bando labastidista, como se le interpretó por algunos, nos parece que en realidad era el reconocimiento de que había un vacío de poder en la cúspide del partido que no podía ser llenado en ese momento; por eso fue indispensable la creación de la Comisión Política Permanente, como una estructura representativa colegiada, pero más ágil que todo el conjunto del consejo, para tomar las grandes decisiones políticas que se avecinaban, en particular las relacionadas con la organización de la XVIII asamblea; al final de cuentas, se asemejaba bastante a la idea de una "dirección de transición" hasta la asamblea, tal y como lo había propuesto la corriente disidente. El respaldo a Sauri no fue un "cheque en blanco", si retomamos los términos que ella misma utilizó, sino un mecanismo de control sobre Sauri misma y, sobre todo, de vigilancia mutua entre los diversos actores políticos contendientes al interior del PRI en esa etapa de redefiniciones.<sup>69</sup>

Al contrario de muchas expectativas y pronósticos,<sup>70</sup> la reunión del CPN realizada en Ixtapan de la Sal, al lograr sostener y formalizar, de acuerdo con los estatutos vigentes, los acuerdos de la reunión cumbre de la torre de *El Caballito*, resultó un éxito organizativo y político para las élites priístas, a pesar de que la configuración de éstas como coalición dominante se encontraba desquebrajada y desunida por el conflicto interno, en una fase marcada por la inestabilidad y en proceso de reestructuración. Los intereses de ambas corrientes lograron conciliarse mediante la negociación y se evitó que la división interna llegase al punto de fractura. En la medida que, en la culminación de esta primera etapa de la nueva situación del PRI, cada uno de los dos

<sup>69</sup> O dicho de otro modo, como acertadamente lo describió un periodista: "La yucateca queda con un mando acotado muy claro: preparar el enfrentamiento pospuesto". Julio Hernández, columna "Astillero", *La Jornada*, 19 de febrero de 2001.

<sup>70</sup> Entre los pocos periodistas que percibieron claramente que la reunión de Ixtapan de la Sal podía ser considerada como un éxito para los priístas, se encuentran Miguel Ángel Ribera, columna "Clase política" y Julio Hernández, columna "Astillero", *La Jornada*, 19 de febrero de 2001.

bandos logró anotarse puntos a favor e igualmente puntos en contra de sus respectivas propuestas, se empezó a generar internamente una situación de equilibrio de fuerzas que las obligaría en el futuro a negociar y a buscar soluciones, a la vez que evitar la ruptura. Más tarde, esta situación se tornaría en una condición clave durante la XVIII Asamblea General de Delegados (noviembre de 2001) y la elección de la nueva dirigencia nacional (marzo de 2002).

## Hemerografía

*El Universal*, de julio de 2000 a febrero de 2001.

*La Jornada*, de julio de 2000 a febrero de 2001.

*Reforma*, de julio de 2000 a febrero de 2001.

## Documentos

Versión estenográfica de la XI Sesión ordinaria del Consejo Político Nacional del Partido Revolucionario Institucional, 15-17 de febrero de 2001, sitio del PRI en Internet.

Partido Revolucionario Institucional, *Estatutos*, 1996 (correspondientes a los aprobados en la XVII Asamblea Nacional, realizada en septiembre de 1996).

Partido Revolucionario Institucional (1996), *XVII Asamblea Nacional. Crónica y Memoria*, CEN del PRI, México.

Partido Revolucionario Institucional (1996), *Documentos básicos*, CEN del PRI, México.

## Bibliografía

Collier, Ruth y David Collier (1991). *Shaping the political arena. Critical junctures, the labor movement and regime dynamics in Latin America*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Crozier, Michel y Erhard Friedberg (1977). *L'acteur et le système. Les contraintes de l'action collective*, Éditions du Seuil, París.

Furtak, Robert (1978). *El partido de la revolución y la estabilidad política en México*, FCPS/UNAM, México.

González, Pablo (1981). "El partido del Estado y el sistema político", en Pablo González, *El Estado y los partidos políticos en México*, Ediciones Era, México, 1981.

González, Miguel y Leonardo Lomelí (2000). *El partido de la revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*, FCE, México.

- Medina, Luis (1978). *Del cardenismo al avilacamachismo*, vol. 18 de la colección Historia de la Revolución Mexicana, El Colegio de México, México.
- (1979). *Civilismo y modernización del autoritarismo*, vol. 20 de la colección Historia de la Revolución Mexicana, El Colegio de México, México.
- (1994). *Hacia el nuevo Estado. México 1920-1993*, FCE, México.
- Pacheco, Guadalupe (2000). *Caleidoscopio electoral. Elecciones en México, 1979-1997*, IFE/UAM/FCE, México.
- Panebianco, Angelo (1993). *Modelos de partido*, Alianza Universidad, México.
- Sartori, Giovanni (1980). *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 277-289.